

CABALLO VERDE

PARA LA POESIA

DIRECTOR: PABLO NERUDA

IMPRESORES: CONCHA MENDEZ Y

MANUEL ALTOLAGUIRRE. MADRID

NUM. I - OCT. 1935



CABALLO
VERDE

PARA LA
POESIA

DIRECTOR: PABLO NERUDA

IMPRESORES: CONCHA MENDEZ Y

MANUEL ALTOLAGUIRRE. MADRID

NUM. I - OCT. 1935

SOBRE UNA POESIA SIN PUREZA

Es muy conveniente, en ciertas horas del día o de la noche, observar profundamente los objetos en descanso: las ruedas que han recorrido largas, polvorientas distancias, soportando grandes cargas vegetales o minerales, los sacos de las carbonerías, los barriles, las cestas, los mangos y asas de los instrumentos del carpintero. De ellos se desprende el contacto del hombre y de la tierra como una lección para el torturado poeta lírico. Las superficies usadas, el gasto que las manos han inflingido a las cosas, la atmósfera a menudo trágica y siempre patética de estos objetos, infunde una especie de atracción no despreciable hacia la realidad del mundo.

La confusa impureza de los seres humanos se percibe en ellos, la agrupación, uso y desuso de los materiales, las huellas del pie y los dedos, la constancia de una atmósfera humana inundando las cosas desde lo interno y lo externo.

Así sea la poesía que buscamos, gastada como por un ácido por los deberes de la mano, penetrada por el sudor y el humo, oliente a orina y a azucena, salpicada por las diversas profesiones que se ejercen dentro y fuera de la ley.

Una poesía impura como un traje, como un cuerpo, con manchas de nutrición, y actitudes vergonzosas, con arrugas, observaciones, sueños, vigilia, profecías, declaraciones de amor y de odio, bestias, sacudidas, idilios, creencias políticas, negaciones, dudas, afirmaciones, impuestos.

La sagrada ley del madrigal y los decretos del tacto, olfato, gusto, vista, oído, el deseo de justicia, el deseo sexual, el ruido del océano, sin excluir deliberadamente nada, sin aceptar deliberadamente nada, la entrada en la profundidad de las cosas en un acto de arrebatado amor, y el producto poesía manchado de palomas digitales, con huellas de dientes y hielo, roído tal vez levemente por el sudor y el uso. Hasta alcanzar esa dulce superficie del instrumento tocado sin descanso, esa suavidad durísima de la madera manejada, del orgulloso hierro. La flor, el trigo, el agua tienen también esa consistencia especial, ese recuerdo de un magnífico tacto.

Y no olvidemos nunca la melancolía, el gastado sentimentalismo, perfectos frutos impuros de maravillosa calidad olvidada, dejados atrás por el frenético libresco: la luz de la luna, el cisne en el anochecer, "corazón mío" son sin duda lo poético elemental e imprescindible. Quien huye del mal gusto cae en el hielo.

LA TRISTEZA

La tristeza no siempre acaba en una flor.

V. A.

Oculto, oculto tu tristeza que un sol sombrío
protege.

Oculto el llanto, mientras la piedra insiste en
su violencia desnuda,
mientras el cielo liso brilla como la crueldad,
como la ausencia dura de unos pájaros bellos.

Oculto esa sed no de lágrimas
en tus manos de cera,
en la lisura ilustre donde un beso resbala,
imitando una gota de rocío en lo verde.

El musgo permanece y es inútil pensar que el
fuego ha de vencerlo.

Algún dulce lagarto respira como un pulso,
como ese calor frío que una mano no ofrece.

Un dolor de metal en tierra aspira acaso a
herirte en tu vestido,
a acariciar las telas, las duras telas suaves
en que tú te derrumbas desde tu altura inmóvil.

Un carbón encendido te quemaría los pies.
Tu tristeza agrietada es humo silencioso.
¿No sientes ese beso que te quema las carnes,
que te sube a los muslos como un sol a su centro?

Blancas serpientes nuevas nacen siempre sin
madre.

Nacen como el deseo de ser pájaro vivo,
de arrebatarse estrellas y ceñirse las sienes,
corona que apretase un dolor que restalla.

Montaña o cuerpo, sí, ¿qué luna te ignora
siempre?

¿Qué bestial luna siempre como grupa redonda
no mira nunca a tierra donde sus cascos brillan?

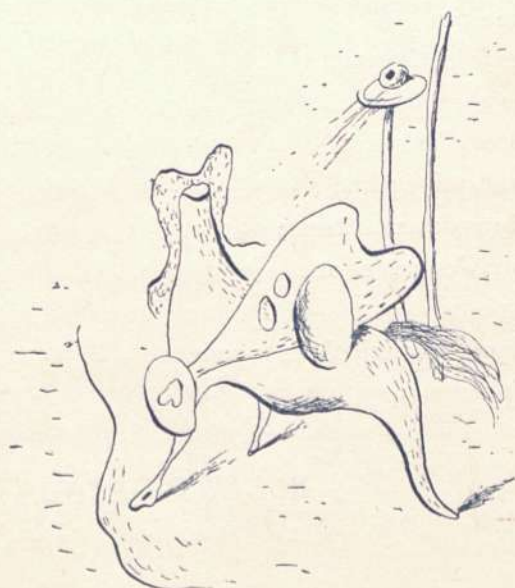
¡Huye!

La tristeza es mentira cuando el mar sólo es
mármoles,

columnas o montón de basura que crece,
polvo, ignominia o cárcel para la muerte en
cierne,

para tu boca negra donde un beso se pudre.

VICENTE ALEIXANDRE.



quel fouillis!

La tempête se déchaine sur la clairière
Elle entrechoque les arbres
Elle mêle les odeurs
Poussière—terre—champignons
parfums de fleurs et de viande pourrie
Dechirées comme des draps abandonnées
les ombres et les lumières
se froissent
un oiseau mouillé comme une éponge
Penetré d'eau
gonflé d'eau
s'immobilise
La femme arrive crottée et mouillée
Et sa nudité semble sortir à travers
le tissu de sa robe
sa cuisse où manque la jarretière
Et le ciel où un trou bleu
laissera jaillir l'arc en ciel
comme une tige
Roule plus frénétiquement
ses nuages charnus
ses membres gras
tel un géant qui se pâme
Dans les bras de sa maîtresse
avec d'horribles cris et une
sueur sanglante
à la vacillante lumière d'une bougie
géante elle aussi.

ROBERT DESNOS.

NAO D'AMORES

Ya estoy harto de mar, de gente, de cielo;
de muerte, si Dios quiere.

Nadie podrá arrancarte de mí, sombra de sueño,
porque tengo pegada en el pecho
toda tu noche de pasión horrible.

Dentro de días estaré en la llanura
para cubrir mi corazón de polvo,
el aire de arena. Nuestra sola muerte
olvidada de olvido.

(Si pudiera encontrarte. Si pudiera bajar a Río,
esta noche;
andar por las calles oliendo las hojas gruesas de
los árboles;
abandonarme en la tierra hasta llenarme de
piojos. Distráído.)

No quiero mi idioma, mi otra vida; no quisiera
llegar nunca. Volver si fuera posible...

Magoas.

Esta noche ¡así!, desprendido totalmente;
vuelto, devuelto, perseguido: ajeno mío
sin quererme. Caído en otra voz,
resbalado.

Mi corazón negándose al polvo,
ya detrás de tu cuerpo, del aire desterrado.

RICARDO E. MOLINARI.

NOCTURNO DEL HUECO

I

*Para ver que todo se ha ido,
para ver los huecos y los vestidos
¡dame tu guante de luna!
tu otro guante de hierba
¡amor mio!*

Puede el aire arrancar los caracoles
muertos sobre el pulmón del elefante
y soplar los gusanos ateridos
de las yemas de luz o de las manzanas.

Los rostros bogan impasibles
bajo el diminuto griterío de las yerbas
y en el rincón está el pechito de la rana
turbio de corazón y mandolina.

En la gran plaza desierta
mugía la bovina cabeza recién cortada
y eran duro cristal definitivo
las formas que buscaban el giro de la sierpe.

*Para ver que todo se ha ido
dame tu mudo hueco ¡amor mio!
Nostalgia de academia y cielo triste.
¡Para ver que todo se ha ido!*

Dentro de tí amor mio por tu carne
¡qué silencio de trenes boca arriba!
¡cuanto brazo de momia florecido!
¡qué cielo sin salida amor, qué cielo!

Es la piedra en el agua y es la voz en la brisa
bordes de amor que escapan de su tronco sang-
grante.

Basta tocar el pulso de nuestro amor presente
para que broten flores sobre los otros niños.

Para ver que todo se ha ido.

Para ver los huecos de nubes y ríos.

Dame tus ramos de laurel amor.

¡Para ver que todo se ha ido!

Ruedan los huecos puros, por mi, por tí, en el alba
conservando las huellas de las ramas de sangre
y algún perfil de yeso tranquilo que dibuja
instantáneo dolor de luna apuntillada.

Mira formas concretas que buscan su vacío.

Perros equivocados y manzanas mordidas.

Mira el ansia, la angustia de un triste mundo fósil
que no encuentra el acento de su primer sollozo.

Cuando busco en la cama los rumores del hilo
has venido, amor mio, a cubrir mi tejado.

El hueco de una hormiga puede llenar el aire
pero tu vas gimiendo sin norte por mis ojos.

No, por mis ojos no, que ahora me enseñas
cuatro ríos ceñidos en tu brazo

en la dura barraca donde la luna prisionera
devora a un marinero delante de los niños.

Para ver que todo se ha ido

¡amor inexpugnable, amor huído!

No, no me des tu hueco

¡que ya va por el aire el mío!

¡Ay de ti, ay de mi, de la brisa!

Para ver que todo se ha ido.

II

Yo.

Con el hueco blanquísimo de un caballo
crines de ceniza. Plaza pura y doblada.

Yo.

Mi hueco traspasado con las axilas rotas.
Piel seca de uva neutra y amianto de madrugada.

*Toda la luz del mundo cabe dentro de un ojo.
Canta el gallo y su canto dura más que sus alas.*

Yo.

Con el hueco blanquísimo de un caballo.
Rodeado de espectadores que tienen hormigas en
las palabras.

En el circo del frío sin perfil mutilado.
Por los capiteles rotos de las mejillas desangradas.

Yo.

Mi hueco sin tí, ciudad, sin tus muertos que comen
Ecuestre por mi vida definitivamente anclada.

Yo.

*No hay siglo nuevo ni luz reciente.
Solo un caballo azul y una madrugada.*

FEDERICO GARCIA LORCA

(Del libro inedito "Poeta en Nueva York")

VECINO DE LA MUERTE

Patio de vecindad que nadie alquila
igual que un pueblo de panales secos;
pintadas con recuerdos y leche las paredes
a mi ventana emiten silencios y anteojos.

Aquí entro: aquí anduvo la muerte mi vecina
sesteando a la sombra de los sepultureros,
lamida por la lengua de un perro guarda-lápidas;
aquí, muy preservados del relente y las penas,
porfiaron los muertos con los muertos
rivalizando en huesos como en mármoles.

Oigo una voz de rostro desmayado,
unos cuervos que informan mi corazón de luto
haciéndome tragar húmedas ranas,
echándome a la cara los tornasoles trémulos
que devuelve en su espejo la inquietud.

¿Qué queda en este campo secuestrado,
en estas minas de carbón y plomo,
de tantos enterrados por riguroso orden?

No hay nada sino un monte de riqueza explotado.

Los enterrados con bastón y mitra,
los altos personajes de la muerte,
las niñas que expiraron de sed por la entrepierna
donde jamás tuvieron un arado y dos bueyes,
los duros picadores pródigos de sus músculos
muertos con las heridas rodeadas de cuernos:
todos los destetados del aire y el amor
de un polvo huésped ahora se amamantan.

¿Y para quién están los tercos epitafios,
las alabanzas más sañudas,
formuladas a fuerza de cincel y mentiras,
atacando el silencio natural de las piedras,
todas con menoscabos y agujeros
de ser ramoneadas con hambre y con constancia
por una amante oveja de dos labios?

¿Y este espolón constituido en gallo
irá a una sombra malgastada en mármol y ladrillo?
¿No cumplirá mi sangre su misión: ser estiércol?
¿Oíré cómo murmuran de mis huesos,
me mirarán con esa mirada de tinaja vacía
que dá la muerte a todo el que la trata?
¿Me asaltarán espectros en forma de coronas,
funerarios nacidos del pecado
de un cirio y una caja boquiabierta?

Yo no quiero agregar pechuga al polvo:
me niego a su destino: ser echado a un rincón.
Prefiero que me coman los lobos y los perros,
que mis huesos actúen como estacas
para atar cerdos o picar espartos.

El polvo es paz que llega con su bandera blanca
sobre los ataúdes y las cosas caídas,
pero bajo los pliegues un colmillo
de rabioso marfil contaminado
nos sigue a todas partes, nos vigila,
y apenas nos paramos nos incensa de siglos,
nos reduce a cornisas y a santos arrumbados.

Y es que el polvo no es tierra.

La tierra es un amor dispuesto a ser un hoyo,
dispuesto a ser un árbol, un volcán y una fuente.

Mi cuerpo pide el hoyo que promete la tierra,
el hoyo desde el cual daré mis privilegios de león
y nitrato
a todas las raíces que me tiendan sus trenzas.

Guárdate de que el polvo coloque dulcemente
su secular paloma en tu cabeza,
de que incube sus huevos en tus labios,
de que anide cayéndose en tus ojos,
de que habite tranquilo en tu vestido,
de aceptar sus herencias de notarías y templos.

Usate en contra suya,
defiéndete de su callado ataque,
asústalo con besos y caricias,
ahuyéntalo con saltos y canciones,
mátalo rociándolo de vino, amor y sangre.

En esta gran bodega donde fermenta el polvo,
donde es inútil injerir sonrisas,
pido ser cuando quieto lo que no soy movido:
un vegetal sin ojos ni problemas,
cuajar, cuajar en algo más que en polvo,
como el sueño en estatua derribada;
que mis zapatos últimos demuestren ser cortezas,
que se produzcan cuarzos en mi encantada boca,
que se apoyen en mí sembrados y viñedos,
que me dediquen mosto las cepas por su origen.

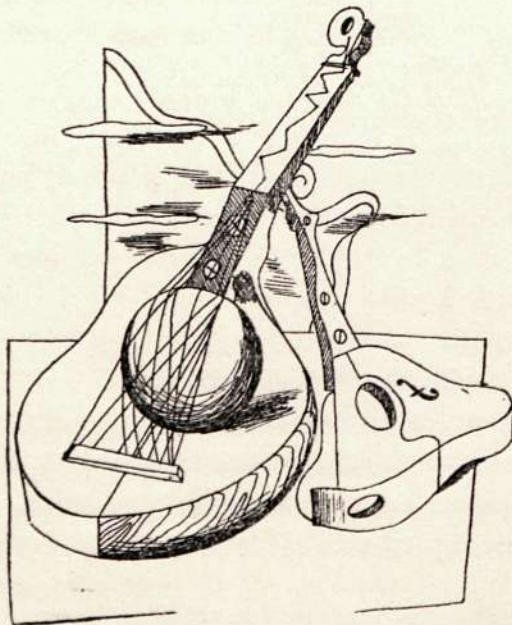
Aquel barbecho lleno de inagotables besos,
aquella cuesta de uvas quiero tener encima
cuando descanse al fin de esta faena
de dar conversaciones, abrazos y pesares,

de cultivar cabellos, arrugas y esperanzas
y de sentir un yunque sobre cada deseo.

No quiero que me entierren donde me han de
enterrar.

Haré un hoyo en el campo y esperaré a que venga
la muerte en dirección a mi garganta
con un cuerno, un tintero, un monaguillo
y un collar de cencerros castrados en la lengua,
para echarme puñados de mi especie.

Miguel Hernández.



POEMA CAMINANDO

Se han visto luces, puentes, gaviotas y barcazas
y sueños navegando despiertos
en las super-realidades del alma.
En todo está el misterio pero cierto y tranquilo.

Hay árboles viajeros, lunas que dan la hora,
espejos proyectando valles de terciopelo.
Se han visto miriñaques saludando a la entrada
de salones antiguos con los porteros muertos.
Se ha visto el eco.

Hay fuentes agotadas, grifos secos que suenan
la música del agua subterránea tan cerca.
Se han visto adolescentes sobre caballos blancos
y estaciones desiertas con musgo y con relojes.

Hay cámaras cerradas que registran las voces
de caducos amores que yacen enterrados.
Hay alcobas vacías que se abren a la aurora
con un olor reciente de niños acostados.
Hay estatuas con frío
y pozos negros con peones ahogados.
Hay tabaco.

Hay bitácoras solas marcando rutas solas
y barcos que sublevan los marineros griegos
y barcos que descargan y cargan otras brumas
con racimos podridos de tripulantes muertos.
Hay estrellas que atisban faros adormecidos
ahogados con compases, ciegos con telescopios,
y poetas que atrapan los instantes que vuelan
y eternizan los hechos y las dudas del hombre.

Hay boticas con frascos de pociones remotas,
trastiendas sumergidas, globos azules, vasos,
y en las perchas oscuros trajes de solterona
y en el subsuelo agudos chillidos de los partos.
Hay cementerios blancos tableros de la noche,
ajedrez de las ánimas, jaqueada arquitectura,
viejas tumbas en donde los huesos han prendido,
muertos que ya dejaron la ceniza y partieron,
viento oculto luchando, dimensión del olvido.

Hay pescados y máquinas y ferias y asesinos,
vuelos ciegos de pájaros sin alas,
trasnochados maniqués, mingitorios
-hay petróleo-
indescifrables lunas de cemento y acuario,
imágenes insomnes de tantos velatorios.
Hay millonarios.

Se han visto marchas de hambre sobre flaman-
tes villas
y de burgueses muertos vientres agujereados
y filas de mineros fusilados
y judías violadas y suicidios y ahorcados.

Hay caretas de gases, alarmas con incendios,
amuebladas con crímenes, motines con auroras,
bombas, espías, microbios de servicio secreto,
rumor de yataganes y de banderas rojas.

Hay bronca.

Hay la revuelta próxima que estallará de pronto
como la luz tan súbita que inventa una ventana.
Hay posibilidades para la poesía.

Hay mañana.

Raul Gonzalez Tuñón.

ESTOS SON LOS OFICIOS

(FRAGMENTO)

I

Estos son los oficios.
La voz de los trabajos es ésta.
La ley de los vecinos y labores.
La salida del sol y del sudor cansado
y el número del hambre y de los pueblos.
El síntoma del pan.
El sabor de los párpados besados.
La sangre jubilosa de partos y balidos
y el horror de las arterias rotas.
El metro de la vida y del espanto
y del silencio el goce y de las alas.

Son oscuras materias las que ordenan.
Son hachas, son laureles, son olmos derribados,
son nubes o mujeres con mantones de lana,
son parejas de bueyes,
son palomas o estrellas de cielos inundados
las que mueven mi lengua
y tiemblan en mi pulso lentamente.

Quiero que mis palabras sepan a esparto viejo
o a superficies pulcras de metales pulidos
o a cal en los andamios, a trigo,
o a barro trabajado y a estiércol y agrios besos.
Quiero que mis palabras nazcan en donde nace
la madera y el llanto, la sangre y las violetas;
para hablar de los hombres y el balido del mundo
quiero el rincón amargo donde llora una carta abandonada,
quiero el triste sollozo que recorre los bosques,
el desgarrón oscuro de un muerto que se olvida
y el ruido de la pena mezclado con el viento
que traspasa la fiebre y el desmayo.

Quiero, pido, suplico palabras alejadas,
olor resuelto a encinas,
ese lenguaje amargo, salado, de las algas
y lenta pesadumbre de párpado y cansancio;
de músculos con sueño, fatiga favorable,
para entonar, dormido, la voz de los arados,
para hablar de las eras y el cemento,
para nombrar los hombres trabajando,
los hombres por su oficio,
los hombres y mujeres por sus nudos de sangre,
quiero una voz de cuerda y unas manos de pan
para unirme al trabajo y a los besos
y al olor a cansancio merecido.

ARTURO SERRANO PLAJA



POR EL CENTRO DEL DÍA

En esta noche de preferencias milagrosas,
en la risa que abre mi corazón de verdes margaritas
y en la nieve sin precio que cae sobre los álamos
busco yo la alegría y su fruto de abejas.

En esta amenidad del pecho solitario,
en la canción que el lirio apoya en la ola verde
cesa el ruido del llanto y su cifra de ángel corre sobre las playas.

Ay, quisiera olvidar mi movimiento y mi firme residencia en esta torre de
debilidad,
quisiera despertar entre los leves chopos que me llegan a veces envueltos
en la luz,
acariciar el oro que descansa en tu espalda de nieve amedrentada,
soñar en demasía y apretar en mis brazos la rosa de la Tierra!

Yo iba cayendo en el olvido y en el conocimiento de sus lágrimas como un
hombre desnudo.
Mi rostro es el triunfo de las aguas y la ligereza del fruto en sazón.
Mi materia es el castigo elemental y el ofertorio profundo visitado por el
espacio.
Mi sueño dulcísimo es el ámbito de la alegría que se cerciora de todo.

Llevo mi corazón por el centro del día.
Su dulce sementera de pueblecillos verdes me empapa como a un muerto.
La nieve me ofrece sus ruinas nocturnas
y yo la oigo correr por mis labios como una leyenda de oro virgen.

¡Tibia hospitalidad de la hermosura!
¡Encendimiento amarillo de la tierra!

El rocío descende sobre las violetas como una mejilla que circula en su
rubor delicado
y una triste fragancia de amapolas cubre intensamente mis pies.

Pero no hay sueño capaz de interrumpir este dolor de la alegría.
La presencia permanece como un cristal sobre el que desbordan los álamos
y la luna al fondo se sonrosa,
y se anegan los meses de aldeas y de lirios en tu visitación.

Yo recuerdo en la distancia, contra mi corazón apagado,
el latido celeste de tu cuello y la crueldad del oro sobre la nieve,
y pienso lentamente en la arena núbil que transparenta el agua de otoño,
y tu garganta que permite recordar suavemente el perfume puro de las
azucenas.

¡Qué dulce tu figura labrada en el misterio!
Si tu mano se abre las margaritas flotan sobre el campo ligero.
Si tu pecho increíble suspira y se acongoja parece que es la muerte como
un cáliz de espuma y de jilgueros verdes.

Ah mujer aceptada por mi llanto sin fondo.
Porque perderte sería como apretar un ruiseñor con las manos llenas de
ríos verdes y de ciudades,
y como ir hundiendo tristemente los labios sobre un astro de palabras puras.

Las riberas se visten con alondras de nieve.
Mi respiración es dulce y viva
y me oigo suavemente perdido en un orificio de diamante.
Una fe trasfigurada me empuja con su canción.

Como una patria afirmada por la luz ejemplar y matutina de los chopos
y como el penetrante rumor del agua viva en una tarde de primavera,
yo siento en mi inerme profundidad el roce sonrosado de tu mano
y conozco la virginal plenitud de tu mandamiento en mi pecho.

La tierra verde canta perfumada de tránsito suave;
y cantan dulcemente las aguas de los ríos
hechas a nivel de la sangre divina que derrama en mi la certitud de su ser.

Ah mujer aceptada por mi llanto sin fondo!
Tu carne tiene el gracioso color del pan y de la lágrima,
y tu cuerpo se diviniza como una nube solitaria sorprendida por la aurora.

El mar vuelve sobre la playa
y arrebatada la arena trémula y las conchas donde han dormido las primeras
violetas de Marzo.

Parece que el amor huye siempre más lejos y su presencia luminosa parece
como la sombra de un deseo.

El ejercicio dorado de la voz, la gracia imponderable de la sonrisa,
la mirada de cisne y de viento en huida,
todo queda en mi cuerpo con su presencia cierta.

Como un dolor mas fecundo que la piedra y que el hambre
la transparencia ya no puede contener mis sollozos.
Mi recuerdo tiembla al pronunciar las amapolas de tu nombre.
Mi palabra quisiera rendir esa ciudad que nos hace transparentes como un
junco.

¡Qué penitencia roja en las gotas de sangre!
Pero el dolor presente sostiene con dulzura la carne de alegría.
Solo queda el misterio, la carne de la sed, la encarnación del llanto,
la esperanza que afirma la forma de las aguas,
el milagro de rosas que deshacen tus hombros.

Y tu risa de oro me seguía como la sombra de una golondrina sobre la nieve,
y volvía mi corazón hacia ti
como una circunferencia de espuma suave y una sola hoja de chopo.

LEOPOLDO PANERO.

DIBUJOS DE JOSE CABALLERO

2,50 ptas.